

# LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribución entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

## SUMARIO.

Revista teatral, la señorita Santoni, por Dom Abbondio.—La yedra y la violeta, poesía, por D. Nilo Maria Fabra.—Pensamientos de Primavera, por El Malagueño.—La clavija la cuerda y el pueblo, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Un secreto, novela, continuación.—Profusión de ropa.—Erótica conformidad.—Solución á la charada inserta en el número anterior.—Charada.

## REVISTA TEATRAL.

### LA SEÑORA SANTONI.

Desde que en alas de la prensa, llegó á nuestros oídos el nombre de Carolina Santoni, recordamos á la eminente actriz que al lado de Adelaida Ristori, habia pasado por nuestro humilde teatro como venturoso astro de luz que desaparece en el horizonte, sin dejar esperanzas de pronto regreso. Temíamos sin embargo que la orgullosa esclava de Holofernes, intérprete admirable de las salvajes pasiones de su raza, no pudiera elevarse á las puras regiones donde se cernia el espíritu de Judith, entre las inextinguibles llamas del amor pátrio y del amor divino que se confundían en el corazón de la valerosa hija de Betulia.

Dio e patria son uno: son tutto  
per noi figli d' un nume verace  
non v' è patria se l' ara è mendace;  
vile è il popol che muta la fè.

Temíamos que Isabel de Inglaterra cuya crueldad é hipocresía retrataba la Santoni como si evocara del fondo del siglo XVI la figura del Maquiavelo femenino, no pudiera convertirse en Maria Estuardo; que el sacrificador no pudiera hacer de víctima, que no convinieran en fin á las facultades artísticas de la Santoni, ora la magestad, ora las humillaciones, ora los desahogos, ora la sublime conformidad cristiana de

la viuda de Francisco II, de la amante de David, Rizio, de la esposa de Darnley, de la cómplice de Bottwell, de la mártir de Fotheringay, de aquel conjunto de gracias y perfecciones que todos los vates de Francia cantaron, de aquella poetisa inspirada que supo en la lira del dolor encontrar tiernos y amorosos sonos, cuando desde lo alto de la popa que la conducía á las ingratas playas de la Caledonia, vió desaparecer en el horizonte el hermoso país donde dormía su primer marido el sueño de la muerte:

Adieu, charmant pays, de France,  
que je dois tant cherir!  
Berceau de mon heurense enfance  
adieu! te quitter c'est mourir.

Nuestros temores eran infundados; tanto mas, cuanto que la señora Santoni conocedora de sus facultades artísticas, prefiere por lo general el melodrama á la tragedia, habiendo representado únicamente en el primer género Maria Stuardo y Francesca di Rimini y en el segundo Maria Giovanna, los Dos Sargentos de la Rochela, y Sor Teresa ó Elisabetta Soarez.

Maria Stuardo habia sido puesta en escena por el conde Victor Alfieri, antes que por Schiller y las condiciones literarias de la tragedia italiana son tan notables que solo el interés inmenso que á los ojos del espectador presenta los del segundo por su terrible y conocido desenlace han inducido tanto á la Santoni como á la Ristori á posponer la obra dramática del piamontés Alfieri, á la del desgraciado é inolvidable cantor que vió la luz primera en las risueñas orillas del Neckar.

La muerte de Enrique Darnley preparada por James Hepburn es el asunto de Alfieri; la de

Maria Stuardo el de Schiller, y entre la noche del 40 de Febrero de 1567 y la del miércoles 8 de igual mes de 1587, la eleccion no es dudosa. Grande es el drama que se efectúa en el derruido castillo de la roca Kirchfield; grande el contraste que resulta de la entereza y del amor de la hija de Jacobo V, de las vacilaciones y de la bajeza de alma de Darnley, de la hipocresía y del atrevimiento de Bottwell y sobretodo de la enerjía de Lamorre, cuya inspirada profecía en la primera escena del quinto acto, no olvidaremos nunca; pero es mas grande, abre mas ancho campo al artista, el nuevo crimen que se consuma tras las murallas de la fortaleza de Northampton.

Quisiéramos poder detenernos en demostrar que no debiera llamarse tragedia á la bellísima produccion del autor de D. Carlos y de Wallenstein; pero nos limitaremos á decir que está admirablemente traducida por Maffei, ilustre autor trájico que mejor que Voltaire y Alfieri ha sabido interpretar los sentimientos maternos de Merope. Con razon sin embargo, para evitar complicaciones inútiles, se han suprimido multitud de personajes como Guillermo Davidson, secretario de Estado, Drugeon Drury, segundo carcelero de Maria, O'Relly amigo de Mortimer, el conde de Kent y los condes de l'Anbepine y de Bellievre, embajadores de Francia. Escenas enteras han sido acotadas, debiendo pronunciarnos en favor de la acertada supresion de las escenas undécima á décima quinta del último acto. Aunque el efecto que causa en el espectador la muerte de Maria Estuardo se perjudique con el monólogo final de Leicester, le debemos la satisfaccion de haber escuchado al señor Filippo Prosperi en una de sus mas felices inspiraciones. Es imposible decir mejor aquellos tremendos versos:

A te non si conviene, ó maledetto!

Sia de bronzo il tuo cor! sia di macigno durissimo il tuo frontel! e se tu brami cogliere il prezzo dell' infamia tua dei sostenerla e consumarla! Taci lento, inutile affetto! Occhi, impietrite!

Este actor nos ha dado numerosas pruebas de su gran corazon y elevada inteligencia en el papel de Bertrand y en el de Paolo de *Francesca di Rimini*. Con el fuego y la enerjía de un verdadero italiano pronunció aquel saludo á la madre patria que tanto valor tiene en las circunstancias por que han pasado los heróicos hijos de aquella tierra de héroes y de artistas:

Per chi di straggi si macchiò il mio brando?

Per lo straniero? E non ho patria forse cui sacro sia de' cittadini il sangue?

Per te, per te, che cittadini hai prodi,

Italia mia, combatterò se oltraffio

ti moverà l'invidia. E il pul gentile

terren non sei di quanti scalda il sole?

D'ogui bel'arte non sei madre, Italia?  
Polve d'eroi non è la polve tua?

De la señora Santoni en *Francesca* recordaremos siempre la lucha de afectos que nos presentó en la escena segunda del acto tercero y en la tercera del quinto. *Pablo* y *Francesca* eran las mismas figuras que vió entrelazados el Dante y que su poderosa imaginacion nos pintó en la mansion de los dolores.

Respecto á *Pia di Tolomei* diremos como en otra ocasion que sin el genio de la atriz que representa aquel interesante papel, seria imposible aguantar lo trillado del argumento y la vulgaridad de los medios de accion.

¿Qué motivos tiene Reinaldo en el primer acto para dudar de la virtud de su esposa? No es extravagante el proyecto de Hugo para deshonorarla, proyecto que puede ser derribado, descubriéndose su infamia por el mas ligero é inesperado incidente.

¿No es vulgar é incompatible con el título de tragedia dado á esta obra, que el marido celoso vaya como un Jorge Dandin á esconderse entre las ruinas para tener las pruebas de su deshonor? ¿no es hasta ridículo que Pia no levante la voz y no pueda por lo tanto ser oida de su esposo sino en aquellas ocasiones en que pone el poeta en sus labios palabras de doble sentido que interprete Reinaldo como indicios de adulterio?

Apesar de todo, Carolina Santoni logró arrabatar al auditorio especialmente en el tercer acto y en el quinto, si bien tuvo que luchar con inolvidables recuerdos.

Donde se ha mostrado sin rival, es en *Maria Giovanna* y *Sor Teresa*.

La muger de corazon nacida en las filas del pueblo, cuyas pasiones sin pulir se revelan con la enerjía de una naturaleza virgen, se ha visto calcada en la pobre y laboriosa jóven que llena de confianza y de amor dá su mano al libertino, con la dulce y poética esperanza de convertirlo á los inocentes placeres del hogar. La desgraciada víctima de la miseria y del honor la esposa desgraciada que vela ante las horni-llas frias mientras que el marido arrastrado por las relaciones engañosas del mundo vaga de taberna en taberna y vuelve á turbar con su voz enronquecida por el vino, el horrible silencio de la casa, ha tenido un espejo en aquella pobre madre que trabaja para su desgraciado hijo que lucha y se revuelve contra su flaqueza misma para arrancarlo de la muerte que le amenaza ahora ó del calabozo que en el horror de sus veladas se le presenta á lo léjos como la única mansion del *figlio dell' beone*.

La Santoni ha estado sublime de sencillez, de naturalidad, de pasion en *Maria Giovanna*. Ha tocado todas las cuerdas de la lira en que el pueblo canta sus eternos sufrimientos, la triste *Iliada* de sus dolores.

Sor Teresa! Al ver á la Santoni con el blan-

co hábito y las negras tocas de las esposas del Señor, levantadas las manos al cielo é implorando moribunda del Dios de las misericordias torrentes de bendición para su pobre Guglielmina, hemos recordado uno de esos conmovedores cuadros que cualquiera de nosotros ha visto en las profundidades de la iglesia á la luz chispeante de una lámpara ó en los recodos de un claustro al amoroso beso de un rayo de sol!

—DOM ABBONDIO.—

## LA YEDRA Y LA VIOLETA.

Una yedra se estrechó  
al redor de un alto pino,  
altiva se remontó  
y anhelante en su camino  
de esta suerte diz que habló:

—¡Cuando veré la llanura,  
los hondos valles y el mar,  
y gozando en mi ventura  
los espacios dominar  
señora ya de la altura!...

¡Ah! tanta dicha no creo!...  
¡Mas léjos de mí esta vana  
quimera de mi deseo!...  
¡Sí!... sí! al sol de la mañana  
los llanos inmensos veo!

Poco abarca mi mirada...  
¡Subamos!... ¡Larga es la senda  
y mi esfuerzo se anonada,  
pero rompa yo la venda  
que me oculta la hondonada!...

Hasta allí mi vista alcanza...  
¡Subamos! que en mi anhelar  
ya comienzo á contemplar  
léjos, allá en lontananza,  
las densas brumas del mar.

Al fin del árbol llegué;  
de aquí el espacio domino;  
pero mas no subiré  
ni á los cielos volaré  
según marcó mi destino.

Yo, cual esas aves bellas  
que al aire ostentan sus galas,  
al contemplar las estrellas  
quisiera tener dos alas  
para remontarme á ellas.»

—«Yo, pobre flor ignorada,  
no vivo en constante anhelo—  
la violeta perfumada  
dijo, levantando al cielo  
melancólica mirada.

Como tú subir no ansio  
para dominar la sierra,  
los valles y el mar sombrío;  
mas oculta entre la tierra  
gratos olores envío.

Ufana te has encumbrado;  
cuanto anhelaste ya miras;  
mas al término has llegado  
y en tu afán desesperado  
por lo imposible suspiras ....»

La violeta aquí calló  
del aura al amante beso  
que su fragancia robó,  
y con amante embeleso  
dulcemente la mecío.

La yedra, que mas deseaba,  
luchando con la impotencia,  
viendo á la flor suspiraba  
y es que entonces envidiaba  
su pequeñez y su esencia.

NILO MARIA FABRA.

Madrid.

## PENSAMIENTOS DE PRIMAVERA.

A. D.....

*A ti cuyo corazón, virgen á las pasiones mundanales, se eleva al cielo en continua plegaria por el bien de tus semejantes, á tí te dedico este Pensamiento, por que solo en tí he pensado al escribirlo. Recibe este pobre trabajo en prenda del inagotable cariño que te guardo.*

I.

Si Selgas escribió sus *Pensamientos* de Verano y Lopez los suyos de Otoño, nada mas justo que yo saque á plaza los míos de Primavera; cada cual tiene predilección por una cosa y yo la tengo por la primavera; quizá publicado que sea este artículo, habrá algun entusiasta de la estación mas cruda del año y sacará á relucir sus pensamientos de invierno; frios deberán ser, pero quizá estos lo sean mas que ninguno, porque

¿cómo puedo espresar yo mis *Pensamientos de Primavera* con la originalidad que Selgas á espuesto los suyos y con la inteligencia que Lopez ha hecho conocer sus pensamientos de Otoño?

Apesar de todo el gran contraste que formará este artículo con los dos antecitados, lo doy para que el escalpelo de la crítica se cebe en mí, pobre desconocido, que llevado del espíritu de imitación quiero encabezar mis artículos con los mismos motes que Selgas y Lopez.

## II.

Concluyó el último día de invierno. . . . .

Llegó la primavera. . . . .

Habia tanto sol, tantos perfumes, tantos murmullos, tantos cánticos de esos que forman los vientos y las aguas, los pájaros y el murmullo de los lagos, las florestas y la enramada, que estasiado con la naturaleza recordé que el sacrificio es el altar donde el hombre se purifica, que el amor á Dios es el manantial del bien, que el dolor es la lira que suspende el angel caído para producir todas las notas que reunidas forman la armonia del arte, que el tiempo, cual gusano que corroe nuestra vida, nos lleva el cuerpo al sepulcro, pero nada puede con el alma que vuela á lo infinito y envuelta en transparente nube se eleva hasta postrarse á los pies de aquel que la infundió en el cuerpo del hombre para darle vida; y estasiado de este modo me dormí y soñé; mejor dicho, remontéme de la vida material y suspendido sobre las miserias de la tierra mi mente se exaltó y mi imaginacion, en alas de la fantasía, creó lo que doy á la prensa bajo el título de *Pensamientos de Primavera*.

## III.

El padre de los astros apareció radiante de hermosura y esparció sus resplandores cual otras tantas cintas de oro y dió al mundo la luz. El sol agitaba sus rayos sobre las plácidas olas que blandamente se mecían llevando á la orilla un pequeño murmullo parecido al eco de una voz que bendice al Criador; los rientes campos matizados de verdor y sembrados de mil colores producidos por otras tantas florecillas, le hacían aparecer cual una magnífica alfombra de Persia; las mariposas que se mecían sobre las flores, luciendo los variados colores con que las dotara la naturaleza; la vieja palmera del Asia que guarda en su copa los secretos de todas las edades, se alzaba orgullosa haciendo destacar sobre el azul del firmamento sus flexibles palmas; las vides perezosamente reclinadas sobre la tierra formando guirnalda, ostentaban sus dorados racimos; el cielo de azul purísimo, salpicado de ligeras nubecillas que iban perdiéndose en el es-

pacio cual gazas que el blando céfiro llevara en pos de sí.... tal era esta deliciosa mañana de primavera; la vida se derramaba por los campos y la alegría rebozaba en la naturaleza.

Y en este momento apareció en medio de los campos cual la estatua de Fidia colocada en el templo de la naturaleza, un griego jóven y hermoso, suelta la cabellera y cubierto su cuerpo con un manto de la blancura del armiño y calzados sus pies con sandalias. Parecía interrogar con sus miradas al cielo y á la tierra, á las flores y á los pájaros, al arroyuelo y á la cascada al tierno cervatillo que brincaba cerca y al humilde borrego que balaba en la cordillera; pero todo en vano; ninguno le respondia, nadie comprendia su mudo lenguaje y, sin embargo, la mirada del griego espresaba todo un poema. Entónces llevando su mano al corazon y dirigiendo al cielo sus hermosos ojos exclamó: ¡Dios! ¡Dios! ¿dónde estás? ¿quién eres que mi corazon te desea y no te vé?

¿Eres el agua encerrada en ese inmenso piélago que llaman el mar? ¿eres la luz con que se alumbran los astros? ¿eres el fuego donde toma sus rayos el sol? ¿eres la armonia que forman las esferas y los astros en sus círculos de luz? ¿eres lo infinito y lo ilimitado? ¿quién eres? ¿dónde estás? ¿por qué no respondes? Yo he oído decir á Platon: Dios; y despues he oído tambien que Dios es el fuego que alimenta la tierra, que se oculta entre los aires, en el fondo de los bosques, en el capullo de la rosa y en la profundidad de los mares; que sin Tí no se mueven los vientos, que sin Tí la naturaleza estaria muerta, que sin tu poder no existiria este mundo, este sol, ese cielo, esas flores y ese inmenso oceano; muéstrateme y hazme ver quien eres; muéstrateme y hazme comprender tu poder y tu grandeza que admiro sin entender, solo por la vaga idea que cruza por mi mente y por la fé que encierra mi corazon de que existe un ser que yo no he llegado á comprender; y en su deseo dirigia al cielo sus manos, pero en vano; entonces el jóven griego dirigió sus pasos por la ilimitada llanura que veía ante sí y se perdió á lo lejos.

## IV.

El manto de la noche se iba descorriendo por Oriente; era el amanecer; las estrellas se iban ocultando y la luz del día llegaba hasta la tierra al través del sonrosado manto de la Aurora; los pajarillos batían sus alas y entonaban sus arpegios para saludar al nuevo día, arpegios que parecen los primeros suspiros que al levantarse dirige la tierra al cielo. Las transparentes gotas del rocío parecidas á luminosas estrellas caída del firmamento empezaban á descomponerse en variados colores á la luz de la alborada. Sobre la cúspide de un monte se divisaba al jóven griego

que con las lágrimas en los ojos y la voz entrecortada por los sollozos daba el último adiós á su patria; —adiós Grecia—esclama, —adiós madre querida, adiós patria mia, tu nombre será durante mi vida el ritmo de mis ideas; en tu pura y blanca frente brilla la luz de una eterna mañana; adiós Venus nacida entre las espumosas olas del mar, lira de los poetas, adiós; adiós, Grecia, tu has sido el dulce nido de mis pensamientos y de mi corazón, acuérdate de mí y envíame doquiera que esté uno de tus suspiros para reanimarme en el camino que sigo; adiós templo del mundo tus vientos despiden quejidos de amor y en tu seno se crean almas de héroes; de tus árboles penden las lirás que asombran al mundo con sus ecos; la civilización se ha refugiado en tí, los placeres se albergan dentro de tus muros, á tí acuden á libar la miel las abejas del Asia y de la Europa; adiós patria mia recibe mi despedida, tal vez la prostrera

## V.

El griego continuó su camino, y al separarse de su patria se acordó de la muerte; ¡la muerte! —esclamó— ¿quién cree en la muerte? La muerte, es una ilusión; nosotros nos desprendemos de la vida como me desprendo yo de mi túnica, nunca la he temido, ¿y cómo se puede temer una cosa que no se ha de sentir? Pero cuando veo caer los árboles comidos por su pie, la flor secarse al ardiente rayo del sol ó caer al suelo destrozada por un insecto; cuando veo desvanecerse las nubes y secarse una gota de agua, ¡ha! entonces veo la muerte como el fin de nuestra existencia, como la segur que corta nuestra vida en su más florida Primavera, sí, la muerte nos hace recordar que hay una voluntad superior á la voluntad del hombre, que el hombre es nada, que á lo mejor cae en la fosa y se pierde en la tierra de donde nació como se pierde una gota de agua desprendida de las nubes en la inmensidad del mar.

## VI.

El sol iba á tocar á su ocaso; junto á un manso aroyuelo que lamía el pie de los arbustos cercanos á él, estaba el joven y gallardo mancebo sentado sobre un trozo de columna y apoyada la cabeza entre sus dos manos; meditaba profundamente; había corrido hasta Oriente buscando al Dios que su alma deseaba ver y no le había encontrado.

Estaba rodeado por la soledad; á su vista se extendía el desierto; la creación parecía haber enmudecido; de tiempo en tiempo se divisaban las caravanas, y los camellos que sedientos y cansados se tendían á descansar sobre la ardiente arena del desierto; la caída del día y la procsimi-

dad de la noche hacían que aquel sitio respirase tristeza y melancolía; ¡que desgraciado se creía el hermoso mancebo! de repente inclinó sus rodillas al borde del arroyo inclinó la cabeza y apagó su sed al par que refrescó sus ideas.

El crepúsculo concluyó y el negro crespon de la noche, salpicado de estrellas, cubrió el firmamento; nada se oía; solo la respiración del griego se dejaba sentir; á poco el sueño embargó sus párpados y creyendo encontrar en él lo que buscaba, se durmió.

## VII.

La argentada luna despedía sus plateados rayos cuando el joven griego sintió que le tocaban en el hombro; despertó y encontró cerca de sí una figura hermosísima, de mirada arrobadora y angelical semblante; sus sedosos y rubios cabellos le caían en espesos bucles sobre sus espaldas; su traje talar ceñido al cuerpo por un cordón dejaban ver que ajustaba á sus pies sandalias de cuero sujetas con correas del mismo; el griego se quedó pasmado ante aquella celestial imagen que se hacía aun más interesante mirada al pálido resplandor de la luna— ¿Quién eres? —le preguntó? de donde vienes? ¿dónde vas por este desierto? —Soy tu hermano, vengo de la mansión celeste, voy á quitar la venda que uno de mis hermanos tiene en los ojos de la inteligencia y le impide ver la verdad.

—Un hermano? tú mi hermano! tú, no has nacido cual yo á la sombra de los limoneros y naranjales de Thesalia. ¿Por ventura, han caído sobre tu cuna impelidas por el céfiro las hojas de jazmines y azahar? ¿Has nacido bajo el límpido cielo de la Grecia, bajo aquel cielo que despiende el resplandor de la antorcha de las orgías? ¿has vivido tú en aquellos bosques y respirado su puro aliento tan casto como el de la más virginal doncella?

—No.

—Pues entonces como te llamas mi hermano?

—Porque yo soy tu hermano como lo soy de todos los hombres; porque Dios nos ha dado el corazón para que nos amemos los unos á otros, puesto que dijo: *amarás á tu prójimo como á tí mismo.*

—¡Dios! todos me hablan de Dios y yo no lo veo, ¡Dios! yo he recorrido tras él y jamás le he encontrado.

—Dios, ese es el que me envía, ese Dios todo verdad, todo dulzura, todo caridad, todo paciencia, todo mansedumbre y todo amor para con sus hijos.

—¡Amor! ¡verdad! yo he creído encontrar esto entre el ruido del festín y en brazos de la molición, en la fragancia de las flores, en la sonora voz de las ondas, en el rocío de la mañana y en el crepúsculo de la tarde, en la aparición de la luna y de las estrellas, pero nunca apague

la sed de mi conciencia y el deseo de mi alma.

—Por qué no le has buscado en Dios?

—Mis fuerzas no han sido suficientes á levantar el pesado mármol que cual loza funeraria cubria mi razon y mi inteligencia; he querido infinitas veces escalar el espacio que nos separa; he querido remontarme en alas de mis deseos, pero ¡vana esperanza! el mundo me ha uncido al carro de sus víctimas y no he podido hacer descender hasta mi pobre alma la verdad; ese rayo de luz que viene del cielo no ha bajado hasta mí.

—En tí se vé retratado el hombre, que quiere encontrar la felicidad en el mundo y no en su alma; para llegar á Dios solo se puede ir por el camino de la virtud, ese camino se haya abierto lo mismo para tí que para todos los hombres. Tu alma debe ir en busca de las de tus semejantes; dando abrigo y consuelo á los que lloran y padecen, amando á la verdad y el bien, amas á Dios puesto que el hombre es su hijo.

Y el angel pasando su mano por los ojos del griego quitole la venda de ignorancia que cubria los ojos de su inteligencia y este vió destacarse del cielo el cuadro mas grande, mas admirable, mas magnifico que puede imaginarse la fantasía del verdadero cristiano.

Es la cumbre del Gólgota. La cruz está iluminada por el destello de la tempestad, la cólera del Jehová cruza el espacio; colgado de la cruz lanza el Redentor su postrimer suspiro, está en el instante en que, alzando la cabeza á su padre, esclama: *Eli, Eli, tamma sabaethani?* En su rostro ve el jóven griego la sublime espresion de infinita amargura que revela el rostro del Criador, en él vé que el que allí padece no es el hombre, sino todo un Dios que sufre resignado, y lanza gustoso su último aliento, aliento con el cual se alimenta y vive toda la humanidad.

En este Cristo vé el griego no el Thamo que huyó de los altares de Babilonia á Egipto, no, en este vé el varon justo, el varon de dolores de Isaís, el varon que lleva sobre su cabeza el peso de todas nuestras culpas; en este ve centellear la increada luz de su esencia divina; en este ve, la sublime belleza y resplandeciente santidad; en este ve, el griego, la única esperanza, la única luz, el único espíritu de vida, vé en Él, finalmente, al Dios todo justicia, unida al eterno amor y á la eterna misericordia.

### VIII.

—Para llegar, hasta donde has visto á ese Dios, no sigas el camino de la vana ciencia del mundo, no le busques con el necio orgullo del sábio; si quieres encontrarle, sigue la senda del bien, predica á tus hermanos que se amen unos á otros, perdona á tus enemigos, dá libertad á tus

esclavos, y siguiendo el camino trazado encontrarás la bienaventuranza.

Mas tarde, cuando para los cristianos sonó la hora del martirio, el jóven griego era despedazado por una fiera, en el anfiteatro, invocando al Dios que un día se le apareció en Oriente; y cuando su alma dejó el cuerpo inerte sobre el polvo, se remontó como una blanca y cándida paloma á gozar del bien celestial que Dios tiene reservado para sus mártires.

EL MALAGUEÑO.

Málaga.—REMITIDO—

## LA CLAVIJA,

### LA CUERDA Y EL PUEBLO.

De una hermosa guitarra  
quejábase una cuerda á su clavija,  
con triste voz que el corazon desgarrá;  
—«¿Por qué me estiras tanto,  
sin reparar mi llanto  
y mi acerba congoja?  
Afloja un poco, afloja,  
y con dulce sonido  
del tañedor regalaré el oido;  
pero si aprietas mas, fuerza es que estalle,  
y que luego me arrojen á la calle.»  
Dijo, y sin que esto nada le remuerda,  
asuste, ni corrija,  
siguió apretando la feroz clavija;  
¿mas que sucedió al fin?... saltó la cuerda.  
tambien es cosa fija,  
que el pueblo mas sufrido y mas callado  
salta cuando le aprietan demasiado.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Madrid.

## UN SECRETO.

### NOVELA.

(CONTINUACION.)

El del capuchon negro habia acabado ya de hablar con la Duquesa.

El resto del baile pasó sin ningun accidente digno de mencionarse.

Solamente esta parecia algo preocupada y tra-

taba de olvidar la conversacion que habia tenido con el máscara, creyéndola una broma de carnaval, apesar de encontrar en ella una intencion marcada.

En una hermosa mañana de primavera, el sol aparecia por Oriente rodeado de débiles nubecillas, que le formaban una corona matizada por un encantador sonrosado; el dulce céfiro agitaba lentamente las frescas hojas de las plantas húmedas aun por el rocío de la noche; los pajarillos poblaban el aire revoloteando en torno de los árboles acariciando sus copas y festejando con sus melodiosos trinos la salida del rey de los astros.

Julio de Almara y Augusto Bracamonte, se dirigian á caballo hacia la quinta que acababa de edificar el banquero Alberto List.

Desde la noche del baile de la Duquesa de Orgáz, el Marqués, como hemos dicho, se creía feliz pues era correspondido su cariño por Lucia, aunque no de la misma manera que esta poseia el suyo; pero no obstante que le unian con Julio grandes simpatias, no era de esperar sintiese mucho un rompimiento.

La Duquesa, desde que habló con el del cachon negro, á quien no conoció, manifestaba anteriormente alguna repugnancia en las relaciones de su hija, á la que apesar de querer en extremo, no habia dicho una palabra de su conversacion con el desconocido.

Adolfo Quintanar, desde aquella noche estaba enamorado perdidamente de la señorita de Orgáz; la leccion que de esta habia recibido, hizo que lo que entonces sin sentir, por pura distraccion y pasatiempo le habia dicho, ahora, en el fondo de su corazon sintiera.

Desde entonces, el Baron cambió completamente su modo de obrar. No se le veia bromeando como otras veces con las damas y, en una palabra, el jóven calavera se habia convertido en juicioso y formal, lo que ante los ojos de Lucia no pasó desapercibido.

Por otro lado, Augusto Bracamonte sentia infinito los amores de Almara; las circunstancias que le rodeaban hacian su posicion cada vez mas crítica, debiendo evitar á toda costa, el enlace de su sobrino con Lucia, y si este se empeñaba en su designio, seria muy difícil impedirlo. No podia comunicarle el secreto que la madre de este le confiò y solo sí tratar desilusionarlo á toda costa en sus amores con la señorita de Orgáz.

Los dos ginetes llegaron á la posesion de List. Este los esperaba y los condujo donde se hallaban su hija, la Duquesa y Lucia, que estaban invitadas para asistir á la inauguracion de la quinta.

Hallábase esta situada en la falda de una pintoresca montaña de la que brotaba un apacible arroyuelo que lamia dulcemente sus murallas; una espaciosa alameda á cuyos costados habia her-

mosos jardines la daba entrada y á su frente se desarrollaba una hermosa llanura cubierta por un magnífico manto de verdor. El opulento banquero no podía haber escogido un sitio mas delicioso para edificar su quinta.

Adolfo Quintanar se presentó despues y se conocia en su semblante que efectivamente sufría.

Era la primera vez que veía á Lucia desde la memorable noche del baile y esperiméntó una gran sensacion.

La mayor parte de la mañana se pasó hablando de cosas indiferentes.

Augusto Bracamonte, interin todos gozaban, en lo posible, de los encantos y placeres del campo, permanecia pensativo en uno de los gabinetes y parecia que entonces, con mas decision que nunca, deseaba desplegar toda su fuerza moral para que los amores de su pupilo concluyeran.

A este fin, recopilaba en su imaginacion todas las palabras que su hermana le habia dicho en el lecho de muerte y repitiéndolas decia:

—«Hermano mio; sin duda de esta enfermedad moriré; conozco que las fuerzas me abandonan y voy á confiarte un secreto y mi última voluntad, que cumplirás y la que quiero ignore mi hijo Julio.

Debo á Alberto List favores de consideracion, los cuales deseo compensar de alguna manera. Me ha salvado á mi hijo, en diferentes ocasiones, de peligros que sin su auxilio seguramente lo hubiera perdido. Me ha ayudado en una época en la cual mi casa y mis bienes, hubieran sucumbido y Julio no poseeria la fortuna que heredará. En agradecimiento á tantos beneficios me prometí inclinar el corazon de mi hijo, cuando pudiera sentir los efectos del amor, hacia Aurora su hija, lo cual ignoran ambos, queriendo por este medio que List tenga en Julio un hijo cariñoso y tierno.

Por efecto de mi muerte, no puedo seguir los pasos de este y cumplir yo misma lo que ofrecí; por eso dejo en tí depositada toda mi confianza; pon en ejecucion todos los medios que estén á tu alcance para efectuar la promesa que me hice y para que el matrimonio de ambos se llegue á efectuar; al mismo tiempo, quiero ignore Julio que en un trance tan solemne dispongo de su voluntad; pero si deseo que la mia se cumpla, para lo cual obrarás con toda la prudencia y buen talento que tanto te distingue; además te ruego que veles por la seguridad y modo de obrar del Marqués»....

Iba á continuar pero ahogándosele la palabra en los lábios, murió á los pocos instantes.

Despues de estos recuerdos Bracamonte fué á buscar á la Duquesa y la halló sola.

Conversaron por algun tiempo y despues el tío de Julio dijo:

—Recordais á un máscara que la noche del baile os estuvo hablando?

— Perfectamente.  
 — Y los consejos que os dió.  
 — Seguramente era una broma de carnaval.  
 — ¡Ojalá! pues entonces no tendría ahora ocasión de venir á importunarla. Aquel máscara era yo, que trataba valiéndome del antifáz, conseguir lo que sin él seguramente obtendré. Como sabeis, soy tío y tutor del Marqués de Almará y no ignoramos que este quiere á vuestra hija: pero Julio por una voluntad superior á la suya está destinado. Le honra estremadamente el cariño que Lucía le tendrá pero el que es necesario retire.

JUAN JOSÉ JIMENEZ.

Concluirá.

## PROFUSION DE ROPA.

Hiscam-ben-Abdalmalek, uno de los Califas de la raza de los Omniadas, tenía setecientos guarda-ropas llenos de los vestidos mas ricos del mundo; cuando viajaba iban en su equipage seiscientos camellos cargados con la ropa de su uso; y á su muerte se hallaron en el principal de sus guarda-ropas doce mil camisas finísimas. Sin embargo, habiendo prohibido Valid, su sucesor, que se le vistiese ninguna de ellas para enterrarlo, uno de los antiguos criados de aquel fastoso Príncipe, tuvo que envolver su cádaver en un grosero lienzo, para que no fuese en cueros á la sepultura.

## ERÓICA CONFORMIDAD.

Abdolónimo, Príncipe de Sidonia, se vió obligado á cultivar la tierra para subsistir. Alejandro el Grande, árbitro de los tronos, se apoderó del de Stralon, rey de Sidon, para entregarlo á Abdolónimo, á quien preguntó: «Cómo habeis podido soportar tanta miseria?—Plegue á Dios (le contestó aquel) que pueda con tanta facilidad resistir tanta grandeza. Nada me ha faltado en la carrera miserable de la vida, pues mis manos han remediado todas mis necesidades.» Alejandro, admirado de esta respuesta, juntó á sus estados otra porción de tierras, y le regaló parte del botín cogido á los Persas.

## Solucion á la charada del número anterior.

Es cosa divertida  
 ver á un *Mocoso*  
 echándole de hombre  
 y de gracioso.

## CHARADA.

Es mi primera sílaba  
 vos anticuada  
 que en varias acepciones  
 fué muy usada.

Mi primera y segunda  
 se vé en los mares,  
 y es voz muy repetida  
 de navegantes.

Mi segunda figura  
 en la armonia:  
*Prima, tertia y segunda*  
 en loterías.

Primera y cuarta oficio  
 es, ó deleite  
 en que aquel que mas mata  
 mas se divierte.

Tercera y cuarta es cosa  
 de jugadores:  
*tercera con segunda*  
 de tiradores.

Un color, una goma  
*segunda y prima:*  
*cuarta y segunda* es baja  
 zalameria.

Primera y tertia es Rio  
 de la Guyana:  
*segunda y tertia* es otro  
 de la Circasia.

Por último, es mi todo  
 fruto y comida,  
 de cualquier hortelano  
 muy conocida.

Si pues con tantas señas  
 no me conoces,  
 perdona que te diga:  
 «eres muy torpe.»

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,  
 Calle de Cinteria, núm. 3.